

«...la poesía—nos dice—es el total de las posibilidades humanas en el hombre: posibilidades que se cierran como un anillo, cuando se toca la santidad que mueve músicas celestes, que sale danzando de la celda como en una Teresa de Jesús; capacidad ansiando realizarse en el ser del hombre, ser sediento de ser. Y de aquí nace el hermoso contrasentido de la poesía. La poesía es alguien que se mira en el espejo: es la acción de mirar y a la vez la sombra de quien mira, la voz y el sonido, la vida y el aliento».

Sin duda, esta definición de hermosura tan compleja, cabe en el poeta, ya que la poesía es siempre una suprema síntesis, pero no en el hombre, pues la lucha de éste «por su expresión» cabe en todas las artes, la Ciencia, la Religión, y aún en la Política. Es evidente, que el espíritu del autor, está en aquella interpretación restringida, ya que anteriormente nos habla del «hombre poético».

En suma, «El Maestro de Soledades», es un conjunto de ensayos sabiamente conducidos, que constituye un armonioso retablo en donde surge vivo el cuerpo y el espíritu de grandes maestros del Siglo de Oro Español. Sin duda, es un libro chileno que pertenece a la literatura de América.

ANTONIO DE UNDURRAGA

<https://doi.org/10.29393/At185-14COAS10014>

CORBÁN, por *Aldo Torres Púa*

Con una franja de ceniza en la voz, Aldo Torres Púa nos grita en su libro, que es una manzana de sangre mordida por la muerte:

«Mis huesos se levantan y florecen,
huerto al fondo del patio de este mundo.
Un libro se abre y surgen los fantasmas,
páginas de sedientos carcomidas».

Nos grita y un remolino se incorpora a nuestra frente, porque en aquél la angustia depositó su huevo gris y es para siempre la flor de los esclavos:

«Y fué la noche en el taller de mi alma».

Corbán es algo más duro que la «consagración a Dios»; es la mano que alza, en cada tarde, un espejo, para que el hombre contemple allí su conformación de grietas y de sedientas sombras: es la consagración, para el poeta, a un dios más terrible y remoto: la espera del sueño que nunca entrará a su boca con el traje de la mañana grande:

«Corbán... Corbán, ¿por dónde alientas?
Siempre lejos del cielo»

En Aldo Torres Púa, Corbán equivale a serafín maligno, a puerta sellada con blasfemias, a humo que no será estatua:

«Uno sale a tu encuentro, y es mentira.
Cree fácil tu entrada, y piedra y lodo».

Escribe Angel Cruchaga: «Aldo Torres Púa conoce la desgracia, ella lo ha visitado y este poema, Corbán, es como un crespón de su reino». Un suceso de amargas perspectivas, un rostro que se cae a la noche, una sonrisa que la muerte usurpá, algo como una crucifixión en el vacío obligan a que el poeta sude sangre y fuego y haga en su corazón un gigantesco nudo de azufre:

«Se apagará una lámpara en su nombre».

Todo el poema es un túnel a través del sollozo:

«Máscara ya de muchos sustantivos,
como pulmón o su tambor retumba.
Y va hacia adentro, activa de relojes,
de cerebros comidos de gusanos,
de esqueletos en busca de su origen
al pie del llanto y bajo los adioses».

En la altamar de esta canción dolida y penetrante empiezan las elegías: la garganta es un surtidor de lava y nácar entonces:

«..... Siento
que soy un escondrijo de quebrantos
y que tengo, en las sienas, prisionero
un repentino y frágil ejército de pájaros».

Y la mujer lanzada en pos del norte de la sombra, revive su estatura de flauta y el poeta es para ella una selva donde el sol hunde su alarido de oro:

«Cuando en la llana tierra te extinguías,
giró, a mi alrededor, el mundo, inmenso,
y fuí extranjero en el país del día».

El autor de «Imágenes Silvestres» retira su mirada de pastor silencioso del árbol en que la luz graba su fugitiva historia y la vuelve, ahora, a su entraña de carbón atormentado. Corbán es la muralla de piedra donde los ojos leen la sentencia de sal de una «Ausente ya, definitiva». Libro obscuro, caligrafía de relámpago herido entre las cejas.

ANDRÉS SABELLA.

